



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

LAPSUS TEMPORAL

Álvaro Javier Ruiz Navarro



DIPLOMA 2016

LAPSUS TEMPORAL

Lapsus temporal

Por Jaruna

-¿El examen de siempre? –Mi padre me miró un instante y se metió en el coche. Dentro de un mes era mi último examen, demasiado difícil. Nunca lo había conseguido aprobar; mejor dicho, la profesora nunca había querido aprobarme.

-Esta vez tendrás más suerte, ya verás –me animó.

-¿Y tú, qué tal con el acuerdo? –Él trabajaba de relaciones laborales en una gran empresa de nuestra ciudad, si conseguía aquél acuerdo ayudaría a muchísima gente en una situación de precariedad.

-Bien –dijo, lo noté un poco molesto; quizás no le fue como él quería y no quería hablar de ello. Pensé en insistir y animarle; pero antes de poder decir nada, cambio de tema.

-¿Qué es eso? –Preguntó. Mi mente se despejó por un momento y me vi inmersa en el juego al que siempre recurriamos.

-Una farola –le respondí. Él me miró un momento, sus ojos azules me inspeccionaron totalmente.

-¿Y qué hace? –Medité la respuesta durante un instante y luego le dije:

-Sirve para iluminar la ciudad, para darnos luz en la noche.

-Te equivocas –me respondió, con picardía como siempre hacia-. ¡Cómo no vas a saberlo! La farola es una romántica, ella teme que una pareja de enamorados se queden sin luz para darse un beso, es por lo que cada noche, esperando que no pase eso, se enciende.

La universidad empezaba a verse y pronto llegaríamos, pensé una respuesta a nuestro juego rápidamente y le contesté:

-Entonces la farola es buena, porque espera un bien para otros –llegamos a la biblioteca, paró el coche, me despedí de mi padre y salí–. Él bajo la ventanilla y se inclinó un tanto.

-Ella es una celestina, disfruta haciendo lo suyo –amplió su sonrisa-. Además, desgasta su energía para ello; eso no se puede decir de todo el mundo, como dices es buena.

Luego arrancó el coche, se despidió con la mano y se fue. Me quedé un minuto observando el ambiente pensativa. El silencio reinaba, el sol empezaba a marcharse tras el horizonte, los árboles se agitaban tranquilos por el viento y la biblioteca se alzaba ante mí.

Entré tranquila, salude al bibliotecario y bajé a la sala de estudio. Estaba llena. Figuras quietas se reclinaban en las mesas con ansias de aprender. Me encontré sentándome en la mesa del fondo, vacía. Saqué lo necesario para ponerme manos a la obra.

No sé cuánto tiempo pasó, leía con parsimonia absorbiendo todo el conocimiento que podía. Un momento me vi mirando la misma página durante unos minutos perdida en mí misma.

Una exclamación me distrajo, mis ojos pasaron del libro hacia una figura que se sentaba en la misma mesa delante de mí. Un chico muy joven, yo diría que incluso demasiado para estar en la universidad, se llevaba las manos a la cabeza con señal de desespero, sus manos estaban tocando el pelo desdeñado y sucio. Llevaba unas gafas tan grandes que le cubrían hasta las cejas, cuyo diseño se inspiraba en décadas atrás; igualmente, su ropa dejaba mucho que desear, roída y desaliñada. No me había dado cuenta cómo había llegado hasta allí. Pero allí estaba.

Volví a lo mío molesta, pero no sin antes darme cuenta del libro que el chico observaba, perteneciente a una asignatura que yo había aprobado hace mucho tiempo, un libro muy antiguo como si de la primera edición se tratara y al mismo tiempo en buen estado. Pasaron los minutos y volví a oír una exclamación de desespero. Inquieta lo miré y me di cuenta que aquel chico necesitaba ayuda, por un instante me acordé de mi padre, de lo que él hacía siempre.

-¿Te pasa algo? –Pregunté intrigada, aunque ya me esperaba la respuesta.

-Nada –me miró por un instante y devolvió la mirada al libro, su voz sonaba triste y temblorosa.

-¿Sabes? –Insistí-, este ejercicio lo hice hace tiempo. Tiene alguna técnica que si utilizas es mucho más fácil de lo que crees.

Volví a mirar mi libro paciente unos segundos y volví a oír la misma voz triste, ahora algo más segura.

-¿Y cómo es? –Preguntó. De pronto me vi explicándoselo con todo lujo de detalles, no me importaba, me gustaba ser altruista.

Empecé a conversar con él. Al parecer tenía el examen la semana siguiente, y necesitaba aprobarla sí o sí. Aunque extrañamente, ya fuera por nervios o agotamiento, nada le entraba en la cabeza. Sin pensarlo empecé a ayudarlo en cada uno de los ejercicios, en cada palabra difícil de entender. Mi examen era en tres semanas, podía ayudarlo o eso creía.

Su carácter triste no cambió, pero se vio más animado a medida que todo lo iba entendiendo poco a poco. Al final pasaron las horas, era hora de irse y, sin saber cómo había llegado a ese punto, me vi enigmáticamente quedando con él al día siguiente para volver a ayudarlo.

-¿Todavía no me has dicho tu nombre? –Le pregunte antes de irme.

-Bueno, me suelen llamar Clarky –¡qué nombre más extraño!, pensé, pero no dije nada más.

Llegó el día siguiente y a medida que pasaban **AQUÍ FALTA ALGUNA PALABRA, QUIZÁ HORAS** seguía teniendo con él el compromiso que me había impuesto de seguir ayudándolo. Entonces fue cuando descubrí, para mi asombro, que aunque tuviera mal aspecto era un chico muy inteligente que pasaba por una mala situación. Era el día de su examen, yo había perdido toda la semana; pero no me importaba, me sentía contenta de alguna manera.

-¿Qué es eso? –Preguntó mi padre. Volvía a llevarme a la universidad, la radio apagada no funciona, aquel día había tormenta.

-Un rayo –le respondí, hacía un instante el cielo había estallado luminoso.

-¿Y qué hace?

-Es energía provocada por la tormenta eléctrica –sonreí divertida, sabía lo que venía a continuación.

-Te equivocas –dijo tranquilo, esta vez se quedó un rato más en silencio antes de responder-. La Tierra y el Cielo son dos enamorados, pero hay veces que se cabrean, entonces el Cielo le grita a la Tierra y eso produce el relámpago.

-Entonces el Cielo es malo –intenté poner una voz de experta, como si lo que dijera fuera totalmente científico-, porque si tanto ama a la Tierra no le gritaría.

-Hay veces que tenemos un mal día, y lo único que se nos ocurre es gritar; es algo natural –yo nunca había oído a mi padre alzar la voz, pero me di cuenta de que era lo más normal del mundo-. Por tanto, no pienso que sea malo; es más, cuida a la Tierra de los peligros que hay fuera, la limpia y purifica. Es más, si puedo añadir, muchas veces el Cielo se enfada por culpa de sus hijos, a los que no se les ocurre otra cosa que ensuciar aquello que ama, donde viven.

Me volví para contemplar el ambiente sonriendo, por suerte no estaba lloviendo, aun así sostuve el paraguas con fuerza preparada por si lo necesitaba y me acicalé el abrigo. Cuando llegaba me despedí y salí corriendo al refugio que me ofrecía la biblioteca.